

Qué verde era mi valle

Crónica sentimental del Cehegín de mi infancia

Cada ser humano es irrepetible y distinto a todos los demás, hijo y esclavo de sus circunstancias y de su destino, para lo bueno y para lo malo, le guste o no le guste. La vida, al cabo de los años, va quedando grabada en el archivo de nuestra memoria, se va convirtiendo, poco a poco, en una recreación minuciosa de los colores, sabores y olores en los que cristalizan nuestros recuerdos, recuerdos de lugares, de sucesos, de personas vivas o a veces muertas, de voces y risas, de silencios y llantos. Yo, que nací en Cehegín, en 1963, en la calle San Juan, no puedo sino evocar mi infancia y adolescencia como un periodo que huele y que sabe a tiza y a goma de borrar, a plastilina, a jabón Lagarto, a pero de alcuza en los armarios, a los odiados y amargos jarabes y a Calcio 20, a ropa recién estrenada en domingo de Ramos, a piola y manos arriba, a bocadillos de atún blanco y pan crujiente, a arroz y conejo los domingos a mondongo y muerte marrano, a tortas y empanadillas del Lavao.

Yo pertenezco a una generación de críos que lloramos con Heidi y el abuelito, que buscamos afanosamente a la madre de Marco y que recibimos nuestra educación sentimental en la España de los años sesenta y setenta, una España de estética a ratos pop, a ratos hippie, a ratos quinquí, la España que entronizó a El Lute y a Urtain, a El Cordobés y a Camilo Sesto, a Pirri y a Iribar, una sociedad en acelerada transformación, con gentes que lucían audaces flequillos, generosas barbas y melenas, trajes de solapas imposibles y zapatos de tacón alto tanto para hombres como para mujeres. Yo vengo de unos años en los que a los helados se les llamaba chambis, a las zapatillas de deporte se les llamaba bambos y la diarrea era, incluso para los médicos, sencillamente cagueta. Contaba mi madre, asombrada y perpleja, que un día cayó enfermo uno de mis hermanos y de inmediato, con preocupación, llamó al médico. Pronto acudió don Jacobo, uno de los médicos de mi infancia y un hombre al que muchos en Cehegín seguro que recordarán aún. Tras observar detenidamente a mi hermano, don Jacobo, con la mirada escrutadora de un verdadero lince de la medicina, enarcando una ceja, sentenció implacable: “Señora, este niño lo que tiene es cagueta”. Y desde ese día, mi madre comenzó a pensar que también los médicos eran seres de este mundo, que podían hablar como nosotros, llamar a las cosas por su nombre, como los simples mortales.

Pero lo cierto es que pasan los años y nuestras vidas se van complicando cada vez más, todo se enreda, surgen obligaciones nuevas, preocupaciones desconocidas, responsabilidades inéditas, agobios hasta entonces insospechados, en fin, qué sé yo, puñetas y más puñetas. Llegan los hijos, las hipotecas, los achaques, la artrosis, las primeras goteras en el alma, los primeros desconchados en el cuerpo y, sobre todo, el tiempo, el paso del maldito tiempo que, ese sí, se merienda lo que le echen. Así pues, como queda claro que andando los años lo único que nos viene son pejugueras, cada vez añoramos más y con más fuerza aquella infancia perdida en que o no teníamos problemas o, si los teníamos, nos importaba tres leches. Tanto es así, que uno llega incluso a añorar la severa escenografía de las aulas en las que se educó, con aquellos maestros de mano larga, mala leche y escaso sentido del humor. “Se está rifando una galleta”, recuerdo que nos decía continuamente uno de aquellos discípulos de San José de Calasanz, y tocaba, vaya si tocaba en aquella dichosa rifa. Eran otros tiempos y otro concepto de la educación, más pedestre y expeditivo. La escuela, los campamentos de la

OJE, la vida misma, eran como una especie de milicia en pequeño, un intento absurdo de hacer de cada crío mitad monje, mitad soldado. El reparto de leña estaba a la orden del día y, para asombro nuestro, contaba con el beneplácito de los propios padres, a los que oíamos atónitos cómo recomendaban con frecuencia a los maestros que “si se porta mal el zagal y le tiene usted que pegar, péguele, péguele que no hay cuenta”. Claro que con ocho, con diez o con doce años, la espalda es ancha y a ver quién es el guapo que, con una simple palmeta, puede doblegar la voluntad de un chaval con ganas de ponerse el mundo por montera.

¡Ay!, y quién no recuerda aquellos veranos de tardes luminosas y largas, vividos al margen de la ley, todo el santo día en la calle, jugando, sin escuela, sin deberes, sin horarios, con nuestras madres gritando infructuosamente para localizarnos por esas calles de Dios: “¡¡¡Aureliiiiín!!!, déjate ya la juguesca”, o “no corras más que vas a pillar un tabardillo de tanto sudar”, o “ven, que tienes que merendar”, o “ven, que tienes que hacerme un mandao”. Parece que la estoy viendo y oyendo, a mi madre, siempre pendiente de mí, siempre alerta a los peligros que me acechaban, siempre dispuesta a aguantar estoicamente mis caprichos e impertinencias. Era una época de energías inagotables, de miradas siempre nuevas hacia las cosas, de ilusiones aún sin contaminar. Cuando había colegio, los críos salíamos de clase a las cinco de la tarde, como los toreros a la plaza, y nos echábamos inmediatamente a la calle dispuestos a meternos entre pecho y espalda unos bocadillos de un tamaño capaz de asustar al miedo. ¡Qué ganas de comer y qué ganas de vivir, de jugar, de aprender!

Fue la nuestra una infancia difícil, vivida con estrecheces, pero ciertamente mucho menos atormentada que aquella otra infancia de nuestros padres, siempre con el hambre como incómoda compañera de viaje en aquella España de mugre, piojos y leche en polvo, la del amigo americano que nunca llegaba, la del revanchismo y el ajuste de cuentas. El gran enigma de mi niñez fue siempre descubrir qué había pasado en España y en Cehegín durante la Guerra Civil, aquel conflicto cuyo inicio en 1936 describió así, con bellas y dolientes palabras, el poeta y brigadista inglés Laurie Lee: “Empezó a mediados de julio. No hubo ni anuncios, ni periódicos, sólo un cuchicheo en la calle y un rumor de llanto de mujer”. Yo quería saber exactamente qué le había pasado a mi abuelo, por qué nunca se hablaba de él en mi casa, conocer las razones exactas de su fusilamiento, saber por qué tantos años después aún había miedo a hablar, por qué callaban mi abuela y mi madre, por qué hasta las piedras parecían guardar el secreto de aquellos terribles sucesos. Hoy, cuando ya sé lo que pasó, cuando conozco la orgía de sangre y odio a la que España se entregó durante tantos años, nada deseo tan fervientemente como que el destino nunca depare a mi hijo un episodio de vesania colectiva tan brutal como aquel. Crucemos los dedos.

¡Ah! Pero sigamos. Hay un pequeño atisbo de secreto placer en este culto desenfrenado a la melancolía, en este lamentar la pérdida de la infancia querida, una pérdida sentida como una dolorosa amputación, como una segunda y definitiva expulsión del paraíso. Ahogados entre deberes y obligaciones, nos estremece hoy recordar que no hace aún mucho tiempo vivíamos una época en que todo se reducía a robar albaricoques verdes, levantar la falda a las crías que se dejaban y estudiar lo menos posible. Cómo nos gustaría que la vida nos diera a veces otra nueva oportunidad, que nos dejase rebobinar y vivir de nuevo aquellos años con todo lo que hoy sabemos. Volver, por qué no, a mearnos de nuevo en la cama (“nene, tienes el muelle flojo”, recuerdo que me decía mi madre), o volver a dar interminables paseos en aquella

bicicleta Rabasa Derbi que tantas lágrimas me costó conseguir y que yo no me cansaba de mirar, asombrado de que por fin fuese mía. Y, el colmo de la locura, volver a vivir todos juntos de nuevo en casa de mi madre, como en una jaula de grillos, mis tres hermanos y yo, como antes de casarnos y tirar cada uno por su lado, otra vez peleándonos a diario por comer una ración mayor que los demás de aquellos flanes gigantes que hacía mi madre, o de arroz con leche, o de natillas, o por pinchar en la ensalada más tronchos que nadie.

La vida, que a veces nos da la espalda y se nos vuelve esquiva, es sin duda el mayor de los misterios, pero puede ser también el máspreciado de los dones. Tenemos que aprender a disfrutarla, a sorber de un trago los pequeños placeres que nos ofrece, a vivirla con intensidad. El pasado es parte de nuestro equipaje. En él están las claves capaces de descifrar todo lo que hoy somos, las respuestas a nuestras más hondas preguntas, los mejores bálsamos para nuestras más hondas preocupaciones. Hablemos cara a cara con nuestros fantasmas, busquemos en nuestro pasado, como decía el gran Rubén Darío, “las historias secretas / llenas de poesía: / lo que cantan los pájaros, / lo que llevan las brisas, / lo que vaga en las nieblas, / lo que sueñan las niñas”.

AURELIO-ANTONIO MARTINEZ MARTINEZ